

**ANDRÉS CADENA,**  
***Altanoche,***  
**Quito, Colección Luna de**  
**bolsillo, Campaña**  
**Nacional**  
**Eugenio Espejo por el**  
**Libro y la Lectura, 2016,**  
**158 p.**

Sin duda, el texto principal de este libro es una suerte de novela corta, cuyo título abarca los demás: “Un muerto”, “Un tipo de inercia”, “La importancia de la música”. Pero es “Altanoche” donde el lector puede descubrir y deleitarse, y también sorprenderse o tomar conciencia del sabio manejo con que el autor conduce la trama, desplegando con precisión y hondura las diversas instancias a través de las cuales el personaje narrador va revelándonos una realidad monstruosa que, sin embargo, solo al final la descubrimos encubierta en el orden banal, aparentemente inconsistente y propio del devenir cotidiano de un núcleo familiar que pudiera ser semejante al de cualquiera de nosotros.

Los personajes se desplazan en el escenario propio de una clase media inmersa en sus superficialidades, en sus mezquinas apetencias, en sus encuentros y desencuentros, es decir, en el

marasmo de una realidad anodina dentro de la cual, de algún modo y poco a poco irán reconociéndose y también corroyéndose, unos a otros. Pero, por debajo de esa realidad, va tejiéndose el horror, un horror que, al quedar en evidencia, los destruye y dispersa, aunque, a la vez, pareciera el espejo monstruoso de lo que aparentemente solo era banalidad, acostumbramiento, inercia. No en vano ese horror ha venido sucediendo invisible en la dimensión subterránea de la casa en que se suscitan los encuentros rutinarios de los personajes, lo que transforma a la estructura física del escenario en metáfora y representación del drama psicológico, anímico de los protagonistas.

Andrés Cadena juega eficazmente con el tiempo. La narración empieza en su final, lo que subraya su estructura circular. Más, en el ínterin, la trama avanza y retrocede, según las exigencias de la historia. Se juega con el tiempo, en tanto va gestándose otra historia paralela o implícita: la elaboración de la novela que escribe el personaje, una novela con un tema que extrañamente, va a coincidir con la verdad real y que determina su destino final.

En todo caso, se trata de un relato y de una escritura enhebrados con gran solvencia estética, en los que el lector es conducido por un autor que conoce los secretos

del oficio, un relato, me atrevería a señalarlo, que está llamado a situarse entre los más interesantes de la nueva narrativa ecuatoriana de este primer cuarto del siglo XXI.

*Francisco Proaño Arandi.  
Academia Ecuatoriana de la Lengua*

**LUIS CARLOS MUSSÓ,  
*La orilla memoriosa,*  
Cuenca, Casa de la  
Cultura Ecuatoriana,  
Núcleo del Azuay, 2016,  
214 p.**

Dialogar sobre el oficio de la poesía en un entorno como el ecuatoriano, marcado por tradiciones, mestizaje, etnicidad y paralelismos modernos, podría resultar interminable e infinito. La notable labor del escritor Luis Carlos Mussó, en esta ocasión, comprime parte de esta enunciación, en una de sus últimas publicaciones, titulada *La orilla memoriosa*; libro que reúne conversaciones con 42 escritores significativos para la lírica ecuatoriana en el siglo XX. Con el fin de proyectar una visión holística y heterogénea, Mussó ha tomado poetas nacidos entre 1925 y 1971, provenientes de Quito, Guayaquil, Loja, Riobamba, Esmeraldas, Chambo, Latacunga, Cuenca, Ambato, Baños de Agua Santa, Azogues. Entre los cuales constan: Rafael Díaz Ycaza, Jorgenrique Adoum, Jacinto Cordero Espinosa, Efraín Jara Idrovo, Paco Tobar García, Carlos Eduardo Jaramillo, Eduardo Villacís Meythaler, Fernando Cazón Vera, Euler Granda, Ulises Estrella, Antonio Preciado, Ana María Iza, Carlos Rojas